

democrático, sino que consideraba que México, «donde se había perdido toda noción de derecho y todo principio de bien, necesitaba que Europa, por medio de una *intercepción armada*, le impusiese *la libertad y el orden*, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia; escándalo y baldón de la humanidad civilizada» (*sic*). Si esta medida fué justa, la expulsión de los obispos fué prudente; eran merecedores de castigo, en el orden político, quienes habían desconocido explícita y públicamente los títulos del gobierno nacional, y era necesario, para evitar que la justicia se volviese venganza contra ellos, sacarlos del país; de otra manera habrían tenido que ir á la cárcel, al banquillo, al ultraje y á las penas atroces...

Los hombres de Veracruz no querían el poder; Ocampo renunció, dejando á los nuevos la tarea: Zarco, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto... La Reforma siguió su curso: hubo un momento en que la sociedad sufrió intensamente; los ministros consideraban la Reforma como una medicina enérgica de que dependía la salvación de la Patria enferma y que urgía hacerla tomar, y mucho de verdad había en esta consideración. Pero el aparato, los procedimientos públicos de aquella obra magna, encomendada, por fuerza, á los más exaltados ó á los más inhumanos, herían tanto los hábitos seculares, los respetos, las ternuras, la santidad de las tradiciones y de los recuerdos, las supersticiones, sedimento de más de tres centurias de devoción incondicional depositado en el fondo del organismo mexicano, que en lo más íntimo de ese organismo, en la familia, aun en la del reformista, en dondequiera que presidía la marcha normal de la vida la mujer mexicana, hecha toda de piedad y de dulzura, sin más energía que la del amor, ni más reflexión que la que la fe circunscribe y estrecha, se sentía el doloroso latido del corazón de la sociedad. Los obispos lapidados en Veracruz por el populacho, conducido por un demagogo que se embriagaba con sus propias frases, los muros de los conventos viniéndose ruidosamente abajo al golpe rabioso de la piqueta, los claustros desmantelados, las iglesias despojadas de sus sagradas joyas con irreverencia brutal, violado el retiro sacrosanto de las pobres mujeres que rezaban por sus sacrificadores, entrados á saco los archivos, las bibliotecas, los depósitos artísticos de la Iglesia, que, en verdad, ni los estimaba apenas y solía ignorarlos, todo contribuía á crear un indefinible malestar.

Todo eso lo esperaban, lo sabían los hombres de la Reforma, y precisamente por ello se daban prisa; era preciso poner entre la revolución triunfante y la reacción posible un muro enorme hecho de escombros y ruinas, un foso incolmable de actos irreparables. Y así se hizo lo que había que hacer. Pero detrás de estos telones del siniestro aparato de la ejecución de la Reforma, el drama verdadero se desenvolvía en la sombra de las oficinas: el drama financiero, el programa de reducir á realidad súbita la confiscación y venta de los bienes eclesiásticos, la nacionalización. Lo inseguro de estas adquisiciones, lo precario de las ventas, que en un cambio de gobierno podían ser nulificadas, la guerra civil, que continuaba y hacía inexplotables las propiedades rústicas y gravosas las urbanas, sometidas á exacciones sin fin, habían depreciado extraordinariamente la propiedad del clero; las adjudicaciones hechas conforme á la ley Lerdo, las ruinosas hechas en Veracruz, verdaderos regalos, como que en muchos años no podrían hacerse efectivas según los cálculos más optimistas, la habían reducido. La solución del problema financiero, la amortización de nuestra deuda extranjera, el sistema de subvención de vías de comunicación y de empresas

colonizadoras, todo lo que se soñaba hacer con la fortuna de la Iglesia, resultó un mito. Y como la guerra civil continuaba en pie, y como se sentía el esfuerzo del militarismo reaccionario en todas partes para tomar el desquite, y era preciso ó pagar los ejércitos de la revolución ó batirlos, y como urgía cubrir los compromisos de los días críticos, y los impuestos no producían casi nada, hubo necesidad de vender de cualquier modo, pero de prisa y dando ciento por cinco; los reformistas adivinaron con admirable clarividencia que sólo así podía operarse la gigantesca traslación de dominio que premeditaban, que sólo así la harían irremediable, creando en torno del programa reformista un infranqueable reparo de derechos nuevos, de derechos de particulares que se defenderían furiosamente contra las tentativas de restitución; lo adivinaron. Si la intervención francesa y su monarquía no sirvieron en último resultado más que para consolidar la Reforma, fué precisamente por esta política, que parecía llevada á cabo á ciegas y por gala de despilfarro. Lo hubo, cierto; pudo hacerse más ordenadamente todo, pero la consecuencia habría sido la misma: era preciso sacrificar lo presente á lo porvenir, la solución financiera á la solución económica, y la que se creyó una masa formidable de bienes, resultó convertida en seis millones escasos, devorados de antemano, y que no fueron parte á evitar siquiera la bancarrota. Esto no lo entendía, ni lo entendió el público jamás; el gobierno había enriquecido á un grupo de especuladores, á quienes luego pedía limosna y se la negaba. Los pocos millones de pesos que en efectivo produjeron las adjudicaciones, habían sido una molécula perdida en la vorágine; sin el recurso de los bienes del clero, el gobierno sólo podía marchar por medio de préstamos, operaciones ruinosas y expedientes de un día para otro, al abismo, porque las entradas de las aduanas estaban empeñadas en su mayor parte á los acreedores extranjeros, en su menor á los agiotistas; la renta interior era nula, de ella disponían los Estados; el gobierno vivía con las entradas del Distrito federal. Y la guerra civil recobraba mayores proporciones día á día y las crisis ministeriales se sucedían y nada remediaban; sobre todas ellas dominaba la palabra fatídica *bancarrota*, un déficit que se acercaba á cinco millones anuales; la imposibilidad de gobernar.

El Congreso, muy joven, muy apasionado, saturado de exaltación política y de ensueños de instantánea transformación social, se dividió, casi desde sus primeros días, en dos partidos que se equilibraban: juaristas y anti-juaristas. Sin embargo, la elección presidencial se había hecho; fuera del partido reaccionario, que, naturalmente, se abstuvo, el país capaz de votar en colegios electorales de segundo grado (sistema sabiamente adoptado por la Constitución y único posible en pueblos de mayoría analfabética) había votado, primero por Lerdo de Tejada (Miguel), luego por Juárez, después por González Ortega. En Lerdo veía el país que había aceptado la Reforma, el solo hombre apto para organizarla y encontrar una solución al problema financiero; en Juárez un hombre capaz, por su carácter, de sobreponerse á las tremendas situaciones que se vislumbraban; en González Ortega un programa posible de ensueños revolucionarios y de actos generosos. Muerto Lerdo, la mayoría de los votos era de Juárez, que fué declarado presidente constitucional; algún tiempo después González Ortega, investido de la presidencia de la Corte Suprema de Justicia, fué el vice-presidente de la República. La oposición anti-juarista no pudo impedir en el Congreso, ni lo quiso de veras, la adopción de medidas que atribuyeran toda clase de facultades al Ejecutivo para salvar la situación; llegaron las cosas hasta decretar, en el mes de Julio,

«que el gobierno federal entraba en el dominio y disfrute de todas sus rentas y suspendía por dos años todos los servicios de la deuda;» era la consecuencia forzosa de la bancarrota. Y si los acreedores extranjeros hubiesen pasado por ello, era la única posibilidad de organizar la hacienda y de pacificar el país. Pero ese consentimiento no vino; y entonces el problema financiero se complicó con un pavoroso problema internacional.

Hubo días en que la situación del país tomó un carácter atroz; la guerra civil asumió un aspecto de rabia y exasperación indecibles. En poco tiempo desaparecieron los princi-



D. Melchor Ocampo

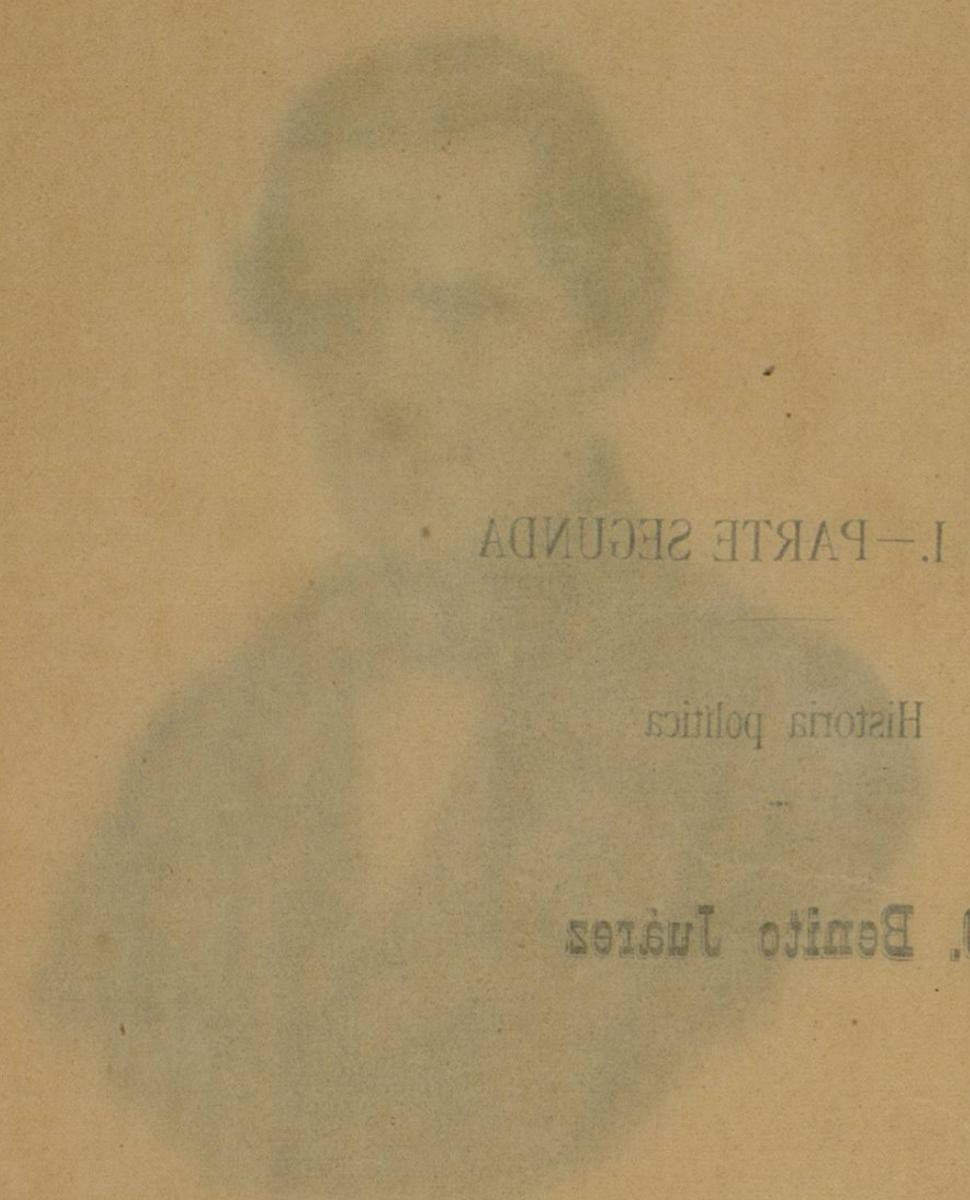
pales caudillos de la Reforma, Lerdo de Tejada y Gutiérrez Zamora, primero; luego, asesinados con la salvaje crueldad que denunciaba la presencia ó la proximidad del hombre que en nuestras contiendas ha personificado más totalmente el implacable furor homicida del fanatismo frío, perecieron Ocampo, Degollado y un joven todo esperanza, sonrisa, entusiasmo y generoso valor, Leandro Valle; la entereza de Ocampo ante la muerte, la abnegación admirable de Degollado, constituyen una perdurable enseñanza de moral en acción para los mexicanos. El partido reformista, herido en el corazón, contestó á la muerte con la muerte, y el Congreso aprobó tremendas leyes de proscripción y de sangre; enterró piadosamente á sus muertos y

se apresuró á echar la culpa de cuanto pasaba al gobierno. Los cambios de gabinete eran frecuentes, las discusiones en las Cámaras tumultuosas como las de una asamblea del tiempo de la Revolución; la nueva generación reformista tuvo su más vibrante, su más elocuente vocero, su aspecto más resueltamente fiero y bravo en Ignacio M. Altamirano, joven, poeta y tribuno del Sur, y la curul presidencial del señor Juárez parecía próxima á quebrarse por las irreverentes sacudidas de la oposición parlamentaria. Pero, entretanto, la represión se había organizado mejor y fueron batidas casi constantemente las fuerzas reaccionarias, que amenazaron un momento la capital de la República y habían intentado dar ser á un gobierno trashumante presidido por D. Félix Zuloaga y que nadie obedecía, á pesar de que en sus pujos de energía llegó en cierta ocasión á destituir á Márquez é investir al español Cobos de la dirección militar de la guerra; más terror que los pseudo-ejércitos de Zuloaga

TOMO I.—PARTE SEGUNDA

Historia política

D. Benito Juárez



TOMO I - PARTE SEGUNDA

Historia política

D. Benito Juárez



LA PAZ ES EL DERECHO